

La voz de la Iglesia

«Laborem exercens»

Nuevamente, a mediados de septiembre el Papa ha querido regalarnos una carta encíclica. Si la primera versaba sobre el hombre, al que contemplaba globalmente con su optimismo característico, y la segunda fue una reflexión sobre un Dios que, como Padre, es pura misericordia, este tercer documento solemne de Juan Pablo II estudia e ilumina el trabajo humano.

La encíclica "Laborem exercens", por los temas que trata y por la sencillez de su tratamiento, no precisa especiales glosas. Intenta ser leída más que comentada. El hecho de que esté escrita por un Papa polaco que tiene experiencia personal de trabajador, que ha vivido dentro de un sistema colectivista, hace que sus palabras vengan cargadas de íntimas vivencias.

La "Laborem exercens" equidista del capitalismo y del colectivismo y denota un autor que critica con autoridad y libertad los fallos de uno y otro. Para él, el núcleo de la cuestión no está tanto en la mayor o menor eficacia de las ideologías cuanto en la concepción del hombre y de su dignidad que está radicalmente fundada en el hecho de ser imagen y semejanza de Dios.

La ocasión para esta encíclica la halla el Papa en la celebración del noventa aniversario de esa otra gran encíclica social de León XIII, la "Rerum novarum". Después de analizar los cambios habidos desde entonces no sólo en las condiciones laborales, sino en los mismos sistemas técnicos, económicos y políticos que influirán en el mundo del trabajo y de la producción, afirma el Papa que "la Iglesia considera deber suyo recordar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, denunciar las situaciones en las que se violan dichos derechos y contribuir a orientar estos cambios para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad".

Tras afirmar el convencimiento de la Iglesia de que el trabajo constituye una dimensión fundamental del hombre sobre la tierra, manifiesta cómo por el trabajo el hombre ejercita su tarea de dominar, de someter la tierra que le impuso el Creador. Al domesticar los animales para sacar de ellos alimento y vestido necesarios, al cultivar la tierra y elaborar sus productos, al conjugar, en fin, por la industria las riquezas de la tierra y el trabajo físico e intelectual del hombre, se pone de manifiesto ese dominio de la tierra de que habla el Génesis.

Subraya fuertemente cómo la dignidad del trabajo no radica tanto en la dignidad del objeto producido cuanto en el hecho de que sea producido por una persona, fundamentando el Papa esta afirmación en el modo de actuar de Jesús que dedicó la mayor parte de los años de su vida terrena al trabajo manual junto al banco de carpintero. No es, por tanto, en su dimensión objetiva, sino en su dimensión subjetiva donde hay que buscar la fuente de la dignidad del trabajo; por todo ello, el trabajo está "en función del hombre" y no el hombre "en función del trabajo". La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa porque la considera como su misión, su servicio, verificación de su fidelidad a Cristo, para ser verdaderamente la "Iglesia de los pobres"; esos pobres que aparecen en muchos casos como resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano: desempleo, desprecio del derecho al justo salario o a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia.

El trabajo, aunque fatigoso las más de las veces, es un bien del hombre. Por el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza, sino que se realiza a sí mismo, se hace más hombre. Por otra parte, es el trabajo el fundamento sobre el que se forma la vida familiar, que es un derecho natural y una vocación del Hombre.

Hace luego historia el Papa de ese gran conflicto que, en la época del desarrollo industrial y juntamente con éste, se ha manifestado entre el mundo del capital y el mundo del trabajo, que ha encontrado su expresión en el contraste ideológico entre el liberalismo, entendiendo como ideología de capitalismo, y el marxismo, entendido como ideología del socialismo científico y comunismo.